



EDUCAR PARA SANAR: LA RESILIENCIA COMO RESULTADO DE PROCESOS EDUCATIVOS EMANCIPADORES

EDUCATE TO HEAL: RESILIENCE AS A RESULT OF EMANCIPATORY EDUCATIONAL PROCESSES

Sandra Marilú Mendoza Moreira ^{1*}

¹ Docente de la Carrera Educación. Facultad de Ciencias Sociales Humanísticas y de la Educación. Universidad Estatal del Sur de Manabí. Ecuador. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9717-8339>. Correo: sandra.mendoza@unesum.edu.ec

Ligia Liseth Resabala Chávez ²

² Docente de Nivelación en la Escuela Superior Politécnica Agropecuaria de Manabí Manuel Félix López. Ecuador. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3348-1897>

Pablo Alexander Mendoza Palma ³

³ Docente en el Ministerio de Educación. Ecuador. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8845-2658>

Gema Roxanna Zambrano Alcívar ⁴

⁴ Docente de la Carrera Educación. Facultad de Ciencias Sociales Humanísticas y de la Educación. Universidad Estatal del Sur de Manabí. Ecuador. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2104-091X>

* Autor para correspondencia: sandra.mendoza@unesum.edu.ec

Resumen

La violencia psicológica deja huellas profundas en la vida emocional y social de quienes la padecen, afectando su autoestima, autonomía y voz. Esta investigación analiza cómo la educación, cuando se basa en principios emancipadores, puede convertirse en un espacio de sanación y reconstrucción personal. El estudio se centró en mujeres estudiantes universitarias que han vivido experiencias de maltrato psicológico y encuentran en su formación académica un proceso de empoderamiento. El objetivo fue explorar cómo las prácticas educativas críticas —sostenidas en el diálogo, la reflexión y el respeto— favorecen la resiliencia y permiten superar el silenciamiento generado por el maltrato. La metodología utilizada fue mixta, con entrevistas narrativas en profundidad, permitiendo acceder a los relatos subjetivos de transformación. Además, una breve encuesta



Esta obra está bajo una licencia *Creative Commons* de tipo (CC-BY-NC-SA).

Sociedad Ecuatoriana de Investigación Científica. E-mail: revistaalcon@gmail.com

para hallar datos relacionados a la investigación. Los resultados revelan que docentes empáticos, metodologías participativas y ambientes educativos inclusivos contribuyen a la recuperación de la autoestima, el fortalecimiento de la identidad y la reconstrucción del proyecto de vida. La educación, en este marco, se transforma en una herramienta reparadora que ayuda a resignificar el dolor y recuperar la voz. Se concluye que los procesos educativos emancipadores son clave para acompañar a quienes han vivido violencia psicológica, facilitando caminos de resiliencia, libertad y dignificación personal.

Palabras clave: Educación emancipadora; pedagogía crítica; resiliencia; violencia psicológica

Abstract

Psychological violence leaves deep scars on the emotional and social lives of those who suffer from it, affecting their self-esteem, autonomy, and voice. This research analyzes how education, when based on emancipatory principles, can become a space for healing and personal reconstruction. The study focused on female university students who have experienced psychological abuse and find empowerment in their academic training. The objective was to explore how critical educational practices—sustained by dialogue, reflection, and respect—foster resilience and allow for overcoming the silencing generated by abuse. The methodology used was mixed, with in-depth narrative interviews, allowing access to subjective accounts of transformation. A brief survey was also used to gather data related to the research. The results reveal that empathetic teachers, participatory methodologies, and inclusive educational environments contribute to the recovery of self-esteem, the strengthening of identity, and the reconstruction of life plans. Education, in this context, becomes a healing tool that helps redefine pain and recover voice. It is concluded that emancipatory educational processes are key to supporting those who have experienced psychological violence, facilitating paths to resilience, freedom, and personal dignity.

Keywords: Emancipatory education; critical pedagogy; resilience; psychological violence

Fecha de recibido: 27/05/2025

Fecha de aceptado: 08/08/2025

Fecha de publicado: 11/08/2025

Introducción

En 2019, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), desarrolló la segunda Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y la Violencia de Género contra las Mujeres (INEC, 2019). La ENVIGMU fue levantada entre los meses de julio y agosto de 2019, con una muestra total de 20.848 viviendas, siendo la población objetivo mujeres de 15 años en adelante. Según sus datos, a nivel nacional el 64,9% de las mujeres han sido víctimas de violencia a lo largo de sus vidas y en la provincia de Manabí esa cifra corresponde al 49,7%. Además, ese 64,9% de las mujeres encuestadas que reportó haber soportado algún tipo de violencia a



Esta obra está bajo una licencia *Creative Commons* de tipo (CC-BY-NC-SA).

Sociedad Ecuatoriana de Investigación Científica. E-mail: revistaalcon@gmail.com

lo largo de su vida se clasificó en el 56,9% de violencia psicológica; el 35,4% violencia física; el 32,7% violencia sexual; el 16,4% violencia patrimonial y el 47,5% violencia gineco-obstétrica (INEC, 2019).

De acuerdo a estos datos que datan de cuatro años atrás, se considera alarmante la cifra de víctimas de violencia psicológica. Lo que supone atención y políticas de recuperación de la estima y el valor emocional de dichas mujeres, además, la promoción de espacios para legitimar sus derechos y los canales abiertos para provocar comunicación asertiva hacia estas necesidades. Los ambientes educativos pueden convertirse en plataformas de liberación para aquellas personas, que siendo víctimas silenciosas pueden ser transformadas a través de su empoderamiento educativo.

El silenciamiento social e invisibilización del maltrato psicológico

El maltrato psicológico, a diferencia de otras formas más visibles de violencia, suele quedar invisibilizado debido a su carácter simbólico, sutil y muchas veces normalizado dentro de relaciones de poder y dependencia. Las víctimas provienen de grupos históricamente excluidos como mujeres, grupos LGTBIQ+, pueblos autóctonos o personas en situación de pobreza, quienes han sido condicionados a no denunciar ni priorizar su bienestar emocional.

Desde una perspectiva de género, esta violencia no es conocida ni percibida porque se justifica bajo roles tradicionales. Como afirma (Lagarde, 2005), “las mujeres han sido educadas para ser para los otros, para cuidar, obedecer y callar. La violencia psicológica se sostiene precisamente sobre esta pedagogía de la sumisión”. En un matrimonio, casi es un hecho irrelevante que una mujer sea abusada verbalmente sin que esto tenga consecuencias.

A nivel de clase y etnia, según la (CEPAL, 2022), las mujeres afrodescendientes e indígenas tienen mayores dificultades para denunciar cualquier tipo de violencia, y esta se ve agravada por la estigmatización social, la falta de representación, la precariedad económica y la falta de acceso a justicia con enfoque intercultural. Entonces, el silenciamiento no es solo un fenómeno personal, sino estructural, sostenido por discursos – incluso religiosos- que deslegitiman el dolor y despojan a las víctimas de su derecho a nombrar lo que han vivido.

Relaciones de poder y violencia simbólica

(Bourdieu, 1999) introduce el concepto de violencia simbólica como una forma de dominación que se ejerce de manera sutil, pero poderosa, a través del lenguaje, los hábitos culturales y las estructuras sociales que naturalizan la desigualdad. Esta violencia se interioriza por quienes la padecen, quienes terminan por considerarla “normal” o “merecida”, y se expresa en formas de autocensura, culpa o pasividad frente al maltrato.

Para Bourdieu, “la violencia simbólica es ejercida con la complicidad de aquellos sobre quienes se ejerce, en la medida en que sus estructuras mentales han sido formadas por las estructuras objetivas mismas que les imponen esa violencia” (1999, p. 13). Es decir, el silencio de las víctimas no es solo miedo, sino también resultado de una socialización que ha condicionado a ciertos grupos a aceptar el sufrimiento como parte de su lugar en el mundo.



El ámbito educativo, los medios de comunicación, las instituciones familiares y religiosas reproducen estos esquemas de dominación simbólica, al establecer jerarquías de saber, de valor y de legitimidad. En este sentido, romper el silencio es también romper con un orden simbólico que ha sido inculcado desde la infancia.

Cuando una persona víctima de violencia psicológica comienza a narrar su historia, está ejerciendo un acto de subversión contra ese orden simbólico. La palabra, como diría (Freire, 2021), “no es solo instrumento de comunicación, sino de transformación del mundo”. Por ello, la educación crítica puede abrir grietas en la estructura del poder simbólico, al permitir que las voces históricamente marginadas se vuelvan protagonistas de su propia historia.

La educación para la libertad y los procesos de empoderamiento

La pedagogía crítica propone una visión de la educación no como simple transmisión de conocimientos, sino como una práctica profundamente política, orientada a la transformación de la conciencia y las estructuras sociales. Paulo Freire en su pedagogía del oprimido sostiene que toda educación es un acto político y que debe orientarse a la liberación de las personas. Freire busca la unión de la reflexión y la acción a través de la praxis. Comenta que además de reflexionar sobre la realidad, hay que tomar decisiones para cambiarlas si es necesario como motor en la transformación social y el camino hacia el empoderamiento. “La educación no cambia el mundo. Cambia a las personas que van a cambiar el mundo.” (Freire, 2021)

Por su parte (hooks, 2019) sostiene que “La educación como práctica de la libertad es aquella que capacita a los estudiantes a confrontar críticamente la realidad.” La educación debe ser una experiencia de despertar emocional e intelectual, donde el amor y la justicia social sean pilares, además enfatiza que una pedagogía transformadora debe romper el silencio impuesto por estructuras opresivas y permitir que las personas se reen cuentren con su historia y poder. Mientras que (Giroux, 1988) define que “Los educadores deben considerarse intelectuales transformadores, capaces de actuar contra el autoritarismo y por la justicia.”, lo cual propone ver la escuela como un espacio de disputa ideológica, donde se puede reproducir la opresión o resistirla. Para él, el rol del educador crítico es invitar al pensamiento autónomo, al análisis del poder y a la construcción de ciudadanía activa.

Desde esta perspectiva, la educación para la libertad se convierte en un proceso de recuperación del lenguaje, la historia y la voz, especialmente en quienes han sido históricamente silenciados por violencia estructural o simbólica.

Prácticas educativas transformadoras como estrategias que favorecen la resiliencia y la recuperación de la voz

La educación emancipadora no es solo teoría; se materializa en prácticas concretas que permiten a los sujetos reconstruirse, resignificar su dolor y participar activamente en su proceso de aprendizaje y transformación. (Pérez Gómez, 2012) afirma que una educación transformadora debe ayudar a las personas a “leer críticamente el mundo”, permitiéndoles reconstruirse en medio de la incertidumbre y la adversidad. Algunas estrategias clave incluyen:

Narrativas personales como pedagogía de sanación



Invitan a los estudiantes a narrar sus propias historias permite que la experiencia se vuelva saber legítimo. La narrativa es una herramienta poderosa para reconstruir la identidad y resignificar el trauma. “Contar nuestra historia puede ser el primer acto de afirmación, el primer paso para recuperar la voz” (hooks b. , 2003). Esta práctica fomenta la resiliencia narrativa, una forma de resistencia frente al silencio y la invisibilización. (Gilligan & Snider, 2018) explican que romper el silencio impuesto por el patriarcado requiere espacios de reconocimiento, diálogo y validación emocional, donde la educación juega un rol reparador

Espacios seguros de diálogo horizontal

La creación de espacios donde no se imponga la verdad del docente, sino que se construya conocimiento en comunidad, es esencial. La confianza, el respeto y el reconocimiento mutuo son condiciones para que los sujetos se sientan con derecho a hablar y ser escuchados. “El diálogo auténtico solo ocurre entre sujetos que se reconocen mutuamente como capaces de nombrar el mundo” (Freire, 2021).

La pedagogía crítica no es solo una corriente teórica, sino una forma de entender y practicar la educación desde la justicia, la escucha, la dignidad y la posibilidad de transformación profunda. En contextos de violencia psicológica, estas propuestas abren caminos para que las personas vuelvan a habitar su voz, su cuerpo y su historia desde un lugar de poder.

En palabras de (Giroux, H & Filipakou, O & Ocampo-Torrejón, S., 2020) , una pedagogía crítica “invita a los estudiantes a reconocerse como sujetos históricos capaces de actuar sobre su realidad”, elemento clave en procesos de resiliencia tras vivencias de maltrato.

(Aguado de la Obra, 2018) propone una pedagogía del cuidado como respuesta a la violencia simbólica, donde el respeto, la escucha activa y el vínculo afectivo entre docente y estudiante se vuelven herramientas de sanación.

Resiliencia y empoderamiento

Las experiencias traumáticas, como la violencia psicológica, dejan marcas profundas en la subjetividad de las personas, afectando su autoestima, su percepción del mundo y sus posibilidades de desarrollo. Frente a estas heridas, la resiliencia emerge como una capacidad de reconstrucción interna, y el empoderamiento como el proceso de reapropiación del poder personal y colectivo.

La resiliencia no es una cualidad innata, sino un proceso dinámico que implica adaptarse positivamente a pesar de la adversidad. Según, (Cyrulnik, 2003) quien introdujo el concepto desde la neuropsiquiatría afectiva, la resiliencia se construye en interacción con el entorno y se apoya en vínculos afectivos significativos. “La resiliencia es el arte de navegar en los torrentes”. En el contexto educativo, estos torrentes pueden ser suavizados cuando el entorno escolar o universitario se convierte en un espacio seguro, donde la persona puede reconstruir su narrativa vital, sentirse escuchada y valorada, y encontrar nuevos significados a su experiencia.

Así también, como señalan (Sáenz-Cavia, A., & Delfino, G. , 2022), el desarrollo de la resiliencia en contextos de vulnerabilidad se potencia mediante una educación emocional consciente, orientada a la contención y el fortalecimiento interno del sujeto.



Por su parte, el empoderamiento es un proceso psicológico, emocional y político que permite a las personas reconocerse como sujetos con capacidad de decisión, acción y transformación de su realidad. Desde la pedagogía crítica, este concepto se vincula estrechamente con el derecho a la palabra, a la participación y a la transformación social. “Nadie libera a nadie, nadie se libera solo, los seres humanos se liberan en comunión.” (Freire, 2021 , pág. 21)

Cuando la educación se convierte en una experiencia significativa —basada en el diálogo, la empatía y la crítica— genera las condiciones para que emerjan la resiliencia y el empoderamiento. (hooks b. , 2019) destaca el potencial transformador de la enseñanza cuando se hace desde el amor y la equidad: “En el aula, los estudiantes deben sentirse lo suficientemente seguros como para abrir sus corazones, incluso si esto significa revelar dolor” (hooks b. , 2019, pág. 21). Para (Chiavola, Carlos; Cendrós Parra, Pavel; Sánchez F., 2008), el empoderamiento emerge cuando los sujetos encuentran espacios educativos que les permiten resignificar la experiencia del dolor como motor de superación personal.

La resiliencia y el empoderamiento no son metas individuales que se alcanzan de manera aislada, sino procesos relacionales, íntimamente vinculados al entorno educativo. Una pedagogía que escucha, reconoce y acompaña puede convertirse en el punto de inflexión para muchas personas que buscan reconstruir su vida después de experiencias dolorosas. La clave está en educar no solo para saber, sino también para sanar y transformar.

Esta ponencia ha sido resultado del proyecto de vinculación Tareas Dirigidas y Apoyo Psicopedagógico para fortalecer el aprendizaje de los alumnos en la Educación Básica Pública de Jipijapa Fase III y del proyecto de Investigación Perfeccionamiento de las Prácticas Pedagógicas en las instituciones educativas de la zona sur de Manabí.

Materiales y métodos

La investigación se desarrolló bajo un enfoque mixto. Se ha centrado en la comprensión profunda de las experiencias vividas por víctimas de violencia psicológica en relación con su proceso de empoderamiento a través de la educación. Se emplea un diseño narrativo-biográfico, que permita rescatar y analizar historias de vida, incluyendo la experiencia personal de la investigadora como parte del proceso reflexivo y ético de la construcción del conocimiento. Además, por medio de una encuesta se ha indagado en relación a la línea de investigación para desarrollar los temas planteados.

Se utilizaron técnicas como:

- Entrevistas en profundidad o conversatorios narrativos a mujeres u otras personas que hayan vivido violencia psicológica y hayan encontrado en la educación un camino de reconstrucción personal. Se ha realizado la concreción narrativa de una de estas entrevistas.
- Encuesta, que se realizó a 172 estudiantes de la Universidad Estatal del Sur de Manabí.



Resultados y discusión

En esta sección se presentan los hallazgos derivados del testimonio de Cristina Alay, quien participó en las entrevistas narrativas aplicadas en el marco del estudio sobre empoderamiento de mujeres víctimas de violencia psicológica a través de experiencias educativas emancipadoras. Su historia refleja procesos de transformación interna mediados por la educación, así como la resignificación de experiencias de vida marcadas por el silenciamiento, la baja autoestima y la exclusión simbólica.

Educación como espacio de sanación

Cristina relata cómo su ingreso al proceso de nivelación universitaria significó una oportunidad no solo académica, sino emocional. La posibilidad de cursar estudios superiores le permitió resignificar una etapa anterior vivida como fracaso escolar.

“Ahora en la universidad he sanado esa parte que sí me afecta de no haberme graduado con mis compañeros.”

Este hallazgo evidencia el papel de la educación como experiencia restauradora, que no se limita al rendimiento cognitivo, sino que incide en el ámbito afectivo. La narrativa de Cristina refleja lo que Freire (1970) define como “educación como práctica de la libertad”, donde el aprendizaje se convierte en un proceso de reconstrucción identitaria.

El docente como agente de empoderamiento

La entrevistada reconoce que fue gracias a la actitud de ciertos docentes —entre ellos, la investigadora— que empezó a sentirse empoderada, valorada y capaz.

“Justamente me tocó docentes como Ud. y me empecé a sentir empoderada...”

Esto refuerza el papel transformador del educador como figura que puede contribuir significativamente a la resignificación de las propias capacidades, rompiendo con la narrativa interna de inutilidad impuesta por el maltrato o el abandono institucional.

Narrar para resistir y reconstruir

Cristina comparte abiertamente una experiencia de estigmatización escolar y personal, marcada por lo que denomina “la etapa del burro”, expresión que da cuenta del juicio social interiorizado.

“Tengo una mala experiencia, ni siquiera tengo una foto de graduación porque me dio la etapa del burro y me enamoré y me descuidé de todo”

El acto de narrar esta vivencia desde una nueva conciencia implica “romper el silencio simbólico” y reconstruir su historia desde la dignidad, resignificando su pasado con una voz empoderada.

El deseo de multiplicar la transformación

Uno de los aspectos más significativos es que Cristina no solo se transforma a sí misma, sino que expresa el deseo de transformar a otros.

“No solo pasar la nivelación, sino transmitir a mis compañeros ese entusiasmo...”



Aquí se observa un tránsito del yo al nosotros, lo que refuerza la naturaleza colectiva del empoderamiento cuando es mediado por procesos educativos críticos. Este es un indicio claro de subjetivación política.

La red afectiva como soporte de resiliencia

El testimonio también destaca el papel del acompañamiento emocional por parte de su pareja. Este elemento muestra que la resiliencia no es solo individual, sino relacional.

“Gracias al apoyo que mi esposo me ha dado desde el día uno...”

La resiliencia, en este caso, se sostiene sobre una red de apoyo afectiva que refuerza la estabilidad emocional y la continuidad en su proceso educativo.

La experiencia de Cristina Alay evidencia cómo las trayectorias marcadas por el dolor y la exclusión pueden ser resignificadas mediante procesos educativos que permiten a las personas “reapropiarse de su voz, reconstruir su identidad y proyectarse con nuevas metas”. Su historia es un testimonio vivo del poder transformador de la educación cuando esta es vivida desde un enfoque humanizante, crítico y liberador.

Resultados de la encuesta aplicada

Además, los aspectos más importantes que arrojó la encuesta son los siguientes.

Tabla 1. ¿Has vivido alguna vez una experiencia de maltrato psicológico o emocional?

Opción	Frecuencia	Porcentaje
Sí, de forma continua y prolongada	6	3,5%
Sí, en algunos momentos puntuales	83	48,3%
No estoy segura/o	37	21,5%
No	46	26,7%
Total entrevistados	172	100%

La tabla 1 muestra que un 51,8% de los encuestados ha experimentado maltrato psicológico o emocional, ya sea de forma continua (3,5%) o en momentos puntuales (48,3%), lo que confirma su alta prevalencia. Un 21,5% no está seguro, lo que puede evidenciar una falta de claridad sobre qué constituye este tipo de violencia. Solo un 26,7% afirma no haberlo vivido, lo cual indica que más de la mitad ha tenido contacto directo con esta problemática. Estos resultados reflejan la urgencia de generar espacios educativos que visibilicen, nombren y cuestionen estas formas de violencia muchas veces normalizadas o invisibilizadas.

Tabla 2. ¿Qué consecuencias crees que tuvo esa experiencia en tu vida personal o académica?

Opción	Frecuencia	Porcentaje
Afectó mucho mi autoestima y mi motivación para estudiar	29	16,9%
Generó dudas sobre mis capacidades	42	24,4%
Me fortaleció con el tiempo	42	24,4%
No tuvo mayor impacto	59	34,4%



Total entrevistados	172	100%
----------------------------	------------	-------------

Los datos muestran que un 40,3% de los encuestados experimentó consecuencias negativas directas del maltrato psicológico, manifestadas en baja autoestima (16,9%) y dudas sobre sus capacidades (24,4%). Otro 24,4% señala que la experiencia los fortaleció, lo que puede interpretarse como un proceso de resiliencia posterior. Sin embargo, un 34,4% considera que el maltrato no tuvo mayor impacto, lo que podría reflejar mecanismos de defensa, minimización del daño o falta de conciencia sobre sus efectos. Estos resultados evidencian la complejidad de las respuestas individuales ante el maltrato y refuerzan la importancia de una educación emancipadora que ayude a identificar, comprender y transformar estas vivencias en procesos de recuperación y empoderamiento.

Tabla 3. ¿Qué tanto crees que la educación ha influido en tu proceso de sanación o superación personal?

Opción	Frecuencia	Porcentaje
Mucho: ha sido clave para mi transformación	93	54,1%
Algo: ha sido un apoyo importante	67	39%
Poco: no ha influido significativamente	3	1,7%
Nada: no ha tenido relación	9	5,2%
Total entrevistados	172	100%

Los resultados revelan que una amplia mayoría de los encuestados (93 personas; 54,1%) considera que la educación ha sido clave en su proceso de sanación y transformación personal, y un 39% adicional la reconoce como un apoyo importante. Esto indica que cerca del 93% encuentra en la educación un agente significativo de cambio y recuperación emocional. Solo un pequeño porcentaje afirma que ha influido poco (1,7%) o nada (5,2%). Estos datos refuerzan la idea de que los entornos educativos pueden funcionar como espacios reparadores, donde se habilita la reconstrucción del yo dañado mediante el diálogo, la reflexión crítica y el acompañamiento pedagógico transformador.

Tabla 4. ¿Has tenido docentes que fomentan el respeto, la escucha y la reflexión crítica?

Opción	Frecuencia	Porcentaje
Sí, la mayoría	122	70,9%
Algunos	42	24,4%
Muy pocos	8	4,7%
Ninguno	0	0%
Total entrevistados	172	100%

La tabla muestra que una mayoría significativa de los encuestados (70,9%) ha tenido docentes que promueven el respeto, la escucha activa y la reflexión crítica, mientras que un 24,4% identifica esta actitud en algunos de sus profesores. Solo un 4,7% señala haber tenido muy pocos docentes con estas características, y ningún encuestado respondió "ninguno", lo cual es un indicador positivo. Estos resultados resaltan el papel



fundamental que tienen los educadores en la creación de espacios seguros y humanizantes. La presencia de prácticas pedagógicas éticas y críticas no solo potencia el aprendizaje, sino que también favorece la resiliencia, el empoderamiento y la sanación emocional en los estudiantes.

Tabla 5. ¿Te sientes más empoderado/a y con mayor capacidad de decisión desde que retomaste tu proceso educativo?

Opción	Frecuencia	Porcentaje
Sí, mucho	124	72,1%
Un poco	40	23,3%
No mucho	6	3,5%
Nada	2	1,2%
Total entrevistados	172	100%

La tabla evidencia que un 72,1% de los encuestados se siente mucho más empoderado y con mayor capacidad de decisión desde que retomó su proceso educativo, y un 23,3% señala sentirse “un poco” más empoderado. Solo un 4,7% no percibe un cambio significativo. Estos datos refuerzan la tesis de que la educación, cuando se vive en un entorno respetuoso y crítico, actúa como una fuerza emancipadora. No solo aporta conocimientos, sino que también fortalece la autoestima, la autonomía y la resiliencia. La experiencia educativa se convierte así en un medio para reconstruir la identidad personal y recuperar la agencia frente a vivencias de maltrato y silenciamiento.

Conclusiones

El estudio evidencia que las experiencias educativas, especialmente aquellas basadas en la pedagogía crítica y el diálogo, pueden convertirse en espacios de contención emocional, reflexión personal y reconstrucción del yo. Las personas que han vivido violencia psicológica encuentran en la educación no solo conocimiento, sino un canal para resignificar su historia, recuperar su autoestima y reconstruir su identidad desde una narrativa de dignidad y esperanza.

La resiliencia emerge cuando existen vínculos significativos, acompañamiento empático y oportunidades para desarrollar agencia personal. El entorno educativo, cuando está mediado por el afecto, el reconocimiento y la confianza, actúa como un espacio que fortalece la capacidad de resistir y transformar la adversidad, en lugar de reproducir el silencio o el estigma asociado al trauma.

A través de prácticas pedagógicas liberadoras, las personas que han sido silenciadas por el maltrato encuentran caminos para expresarse, participar y tomar decisiones sobre su vida. La educación, entendida como acto político y ético, devuelve a los sujetos el poder de nombrar su realidad, cuestionarla y transformarla, promoviendo una ciudadanía activa y consciente.

La educación desempeña un papel central en los procesos de empoderamiento personal, especialmente en contextos marcados por experiencias de violencia psicológica o emocional. A través de prácticas pedagógicas basadas en el respeto, la escucha activa y la reflexión crítica, las y los estudiantes logran resignificar sus historias, recuperar la confianza en sí mismos y fortalecer su capacidad de tomar decisiones. El





empoderamiento no surge únicamente del aprendizaje académico, sino del reconocimiento subjetivo, el acompañamiento ético y la posibilidad de construir nuevas narrativas sobre sí mismos. En este sentido, educar es también un acto de liberación y sanación.

Referencias

- Aguado de la Obra, G. (2018). La Pedagogía de los cuidados. Una mirada educativa que es urgente incorporar. En G. A. Obra, *Pedagogía de los cuidados* (pág. 252). Fundación InteRed.
- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Anagrama.
- CEPAL. (2022). *Autonomía de las mujeres e igualdad en la era de la pandemia*. Naciones Unidas.
- Chiavola, Carlos; Cendrós Parra, Pavel; Sánchez F. (2008). El empoderamiento desde una perspectiva del sistema educativo. *Omnia*, 130-143.
- Cyrulnik, B. &. (2003). Los patitos feos. La resiliencia una infancia infeliz no determina la vida. *Revista Interuniversitaria de Formación Del Profesorado*, 17 (3), 187-190.
- EQD, c. (2021). *Datos de la Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y la violencia de género contra las mujeres (ENVIGMU 2019) y de femicidio-Manabí*. Quito: La incre S.A.
- Freire, P. (2021). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI editores (Edición conmemorativa 50 años).
- Gilligan & Snider, C. N. (2018). *Why Does Patriarchy Persist?* Polity Press.
- Giroux, H & Filipapkou, O & Ocampo-Torrejón, S. (2020). Pedagogía Crítica en la Era del Autoritarismo: Desafíos y posibilidades. *Revista Izquierdas*, 2083-2102.
- Giroux, H. A. (1988). *Teachers as Intellectuals: Toward a Critical Pedagogy of Learning*. Bergin & Garvey.
- hooks, b. (2003). *Teaching community: A pedagogy of hope*. Routledge.
- hooks, b. (2019). *Enseñar para transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing.
- INEC. (2019). *Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y la violencia de género contra las mujeres y de femicidio-Manabí*. Quito.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. UNAM.
- Pérez Gómez, A. (2012). *Educarse en la era digital*. Morata.
- Sáenz-Cavia, A., & Delfino, G. . (2022). Educación emocional, resiliencia y alta vulnerabilidad social: diseño y aplicación de un programa de intervención. *Revista Internacional De Educación Emocional Y Bienestar*, 2(2), 59–86. <https://doi.org/10.48102/rieeb>.

